



UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA

DOCTOR HONORIS CAUSA

5 de febrero de 2020

PALABRAS DEL RECTOR
Sr. Dr. Don Daniel Sada Castaño

Rector

UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA



Excelentísimos Doctores Honoris Causa don Neil MacGregor y don Gabriele Finaldi,
Excelentísimo y magnífico Rector de la Universidad Camilo José Cela,
Ilustrísimo Señor presidente de la Fundación Hispano-británica,
Ilustrísimo Señor director de la Fundación BBVA,
Querido claustro docente de la Universidad Francisco de Vitoria,
queridos miembros del personal de administración y servicios de esta universidad, queridos alumnos, señoras y señores, amigos todos.

El martes de la semana pasada celebrábamos la festividad de santo Tomás de Aquino, patrono de las universidades y figura señera donde las haya del trabajo intelectual. De su inmensa obra llama la atención una breve carta, apenas quince líneas, que escribe a un monje joven que le pregunta cómo se debe comportar para lograr el tesoro de la ciencia. Uno esperaría que de una de las mentes más preclaras de la historia de la humanidad hubiera salido poco menos que otra Summa, al estilo de la Summa Contra Gentes o de la Summa Theologica, que nos desvelara todas las claves para convertirnos en los eruditos que en nuestra vanidad nos gustaría llegar a ser. Y con un apéndice detallado de guías docentes y planes académicos. Sin embargo, ya he dicho, apenas quince líneas en el latín original¹. Unos consejos que en su sencillez demuestran una honda sabiduría. Me gusta recordarla en una ceremonia como ésta, en la que se reúne toda la comunidad académica para reconocer de manera excelsa los méritos intelectuales y personales de dos distinguidos profesionales, precisamente porque su grandeza y méritos más que sobrados y mundialmente reconocidos, estriban no tanto en su cantidad o publicidad, sino en la hondura y en la sencillez de su sabiduría.

Dice el de Aquino, como buen mentor, a su joven estudiante:

«No quieras entrar inmediatamente en el mar, sino a través de los riachuelos, pues a lo difícil se debe llegar por lo fácil. [...] Encomienda a la memoria todo lo bueno que oyes, venga de quien venga. Procura entender lo que lees o escuchas. Comprueba aquello que te parezca dudoso. Esfuérzate en colmar la capacidad de tu mente, como quien anhela llenar un cántaro vacío. No intentes hacer lo que supera tu capacidad».

¹ *De modo studendi*

Quia quaesisti a me, in Christo mihi carissime Ioannes, qualiter te studere oporteat in thesauro scientiae acquirendo, tale a me tibi traditur consilium: ut per rivulos, non statim in mare, eligas introire, quia per faciliora ad difficiliora oportet devenire. Haec est ergo monitio mea et instructio tua. Tardiloquum te esse iubeo et tarde ad locutorium accedentem; conscientiae puritatem amplectere. Orationi vacare non desinas; cellam frequenter diligas si vis in cellam vinariam introduci. Omnibus te amabilem exhibe; nihil quaere penitus de factis aliorum; nemini te multum familiarem ostendas, quia nimia familiaritas parit contemptum et subtractionis a studio materiam subministrat; de verbis et factis saecularium nullatenus te intromittas; discursus super omnia fugias; sanctorum et bonorum imitari vestigia non omittas; non respicias a quo audias, sed quidquid boni dicatur, memoriae recommenda; ea quae legis et audis, fac ut intelligas; de dubiis te certifica; et quidquid poteris in armariolo mentis reponere satage, sicut cupiens vas implere; altiora te ne quaesieris. Illa sequens vestigia, frondes et fructus in vinea domini Sabaoth utiles, quandiu vitam habueris, proferes et produces. Haec si sectatus fueris, ad id attingere poteris, quod affectas. («Epistola Exhortatoria “De modo studendi” ad fratrem Ioanem», en *Opuscula Theologica*, Torino 1954, vol I, p. 451)



No tengo ninguna duda de que quienes más alto llegan en cualquiera de las múltiples facetas del mundo científico y académico nos dirían algo parecido. Han sabido cultivar la más grande de las virtudes del sabio, la humildad intelectual. Es mucho lo que uno sabe... pero es aún más todo lo que uno ignora. La grandeza de los dos doctores que generosamente hoy se unen a nuestra comunidad académica, si podemos sintetizarla de alguna manera, está en esa unidad de fondo entre experiencia profesional, excelencia en su competencia, vida personal y servicio a la comunidad a través de una noble dedicación a su quehacer museístico. Los méritos ya han sido glosados convenientemente en las laudationes que hemos escuchado. Quiero que mis palabras como clausura de este acto recojan ese espíritu de fondo que tanto admiramos.

Me van a permitir que tome pie para ello en la reflexión de sir Roger Scruton. A mediados del pasado mes de enero falleció, de manera algo sorpresiva, ese pensador británico que había ido adquiriendo fama internacional por su pensamiento conservador desde la convencida oposición a la corrección política. Un museo, de alguna manera, es expresión plástica y material de una manera de conservar. ¿Qué cosas merece la pena que sean conservadas y cómo? En esencia, la legítima armonía entre lo verdadero, lo bueno y lo bello al servicio de un relato, de una narrativa que mejore nuestra vida personal y en común. En un documental producido por la BBC confesaba:

«Estos últimos años me he preguntado por la belleza, cualidad fundamental para nuestra civilización durante más de dos mil años. (...) Creo que perder la belleza es peligroso, pues con ella perdemos el sentido de la vida. Y es que no estamos hablando de un capricho subjetivo, sino de una necesidad universal de los seres humanos. Sin ella, la vida es ciertamente un desierto espiritual»

Desde que Platón concibiera la belleza como una llamada desde otro mundo, la forma en que la luz nos hace salir de la caverna para contemplar de alguna manera el verdadero sentido de nuestra existencia, en la cultura occidental se ha tejido una reflexión sobre el modo peregrino de existencia de los seres humanos en este mundo, en camino hacia otro que se nos manifiesta en la belleza artística, en especial, en el resplandor del rostro humano.

La mirada al arte, «el resplandor del rostro del otro» que diría Lévinas, constituye la clave de bóveda de una búsqueda interior en la que sólo la belleza del arte puede aunar la humildad personal y la inquietud por un amor que saca lo mejor de nosotros mismos, que hace mejor nuestro modo de habitar este mundo.

El padre Rupnik², el primer Doctor Honoris Causa de nuestra facultad de Bellas Artes, dice que la imaginación humana necesita de imágenes reales, puesto que

«las imágenes son un gran depósito de la memoria, un depósito que el ser humano frecuenta regresando allí continuamente, por lo tanto, algo que parece vinculado al pasado. Pero precisamente (...) presupone que la capacidad del hombre de crear imágenes está orientada hacia el futuro, es decir, es una actividad que crea el horizonte que el hombre pone ante sí, precisamente por estar vinculada al hecho de que el hombre debe realizar esta imagen que él mismo constituye».

La imaginación sana —insiste Rupnik—, requiere de imágenes realistas, lo que en nuestra civilización tiene su plasmación muy concreta en la representación que a lo largo de dos milenios los artistas han buscado en el rostro de Cristo. No es casualidad que una de las obras que nuestros doctores han realizado conjuntamente fue una exposición en el año 2000 en la National Gallery titulada *The Image of Christ*. En ella se proponía un recorrido por obras maestras del arte que han

² Rupnik, M.I. (2013). *El arte de la vida*. Madrid: Fundación Maior, p. 73.



reflejado el rostro de Dios encarnado. Una propuesta estética, histórica y emocional de un acercamiento a este patrimonio para unos visitantes que viven en una sociedad moderna y secularizada. Con motivo de la presentación de su último libro, un periodista le preguntaba a Neil MacGregor si creía en Dios:

*«No lo sé —contestaba—. Pero el único lenguaje en el que puedo preguntármelo es en el lenguaje de los cristianos. No está mal: nuestro dios es el de la justicia social».*³

Desde sus puestos de responsabilidad como directores, don Neil MacGregor, primero de la National Gallery, después del British Museum y ahora del Humboldt Forum, o don Gabriele Finaldi como director adjunto del Museo del Prado y ahora director de la National Gallery, no han dejado de lanzar un claro mensaje a nuestros países y a nuestra sociedad: el mundo es humano porque es capaz de símbolos. Un mundo, una sociedad en la que la pregunta por el sentido queda ahogada por el ruido es un mundo sin esperanza, sin dignidad.

Por eso es un honor reconocer hoy su dedicación que se inserta de alguna manera en el código genético de nuestra civilización occidental, cuya grandeza está, precisamente, en tener la capacidad de proponer un relato de integración genuina de lo verdaderamente humano presente en las distintas culturas. Como señala MacGregor, «la narrativa europea es global, pero no en el sentido de que dominamos el planeta, sino de que heredamos el mundo»⁴. Convencimiento en el que subyace de alguna manera el magnífico adagio del Aquinate, «todo lo que es verdadero, no importa quién lo diga, viene del Espíritu Santo»⁵.

El Papa Benedicto XVI, con motivo del V centenario de los Museos Vaticanos, proponía con su magistral profundidad una breve síntesis del verdadero sentido de un museo como lugar en el que se recogen obras señeras del arte universal. Como todos saben, el origen de esa colección única del arte clásico y renacentista está en el descubrimiento del magnífico grupo escultórico de Laocoonte y sus hijos:

*«es la luz de la criatura humana modelada por Dios, de la libertad en el drama de su redención, situada entre el cielo y la tierra, entre la carne y el espíritu. Es la luz de una belleza que se irradia desde el interior de la obra artística y lleva al espíritu a abrirse a lo sublime, donde el Creador se encuentra con la criatura hecha a su imagen y semejanza».*⁶

Cuando Finaldi se despedía de su labor como director adjunto de Conservación e Investigación del Museo del Prado, lamentaba no haber podido desarrollar todavía más ese Centro de Estudios del Museo que él fundó. Investigar y conservar el patrimonio artístico de la pinacoteca española no era una mera pretensión de cuidado material de las obras, sino hacer que resplandeciera con ello aún más una belleza que todos pudiéramos contemplar y valorar. Sus sentimientos encontrados al dar el paso de dejar Madrid para regresar a su Londres natal, permítame la comparación, me recordaron el título de la novela autobiográfica de otro británico a quien admiramos mucho en esta casa y que es imagen del trabajo universitario por excelencia, quien desde el pasado mes de octubre ya es santo, John Henry Newman. En Perder y ganar, logra transmitirnos a través del protagonista, el profesor Charles Reading, toda la riqueza de una vida en busca de lo mejor al servicio de la verdad, el bien y la belleza.

³ *El País*, 19 de mayo de 2019. Suplemento Ideas, p. 5.

⁴ *La Vanguardia*, 4 de mayo de 2019.

⁵ *Omne verum a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est.* Summa Theologiae I-II, q. 109, a. 1, ad 1.

⁶ http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2006/november/documents/hf_ben-xvi_spe_20061123_musei-vaticani.html



Dedicarse a la investigación para proponer lo mejor lo hace desde el contacto con lo real, con las personas concretas, no sólo con los objetos artísticos. Por eso Finaldi confiesa que tiene la costumbre de pasear, al menos una vez al día, por las salas de los museos en los que trabaja. «Me gusta observar a la gente cómo visita el museo, escuchar lo que cuentan los vigilantes...». En definitiva, entender el arte, el museo, la profesión no como un acto de soberbia erudición, sino centrado en la persona, en el servicio.

Termino aquí mis palabras. Hace cinco días que entró en vigor el Brexit. Incluir como doctores de nuestra Universidad a un escocés de Glasgow y un británico de Londres podría parecer una provocación por nuestra parte. Y en un cierto sentido lo es, sí. Sin haberlo buscado, es un claro gesto por el que la secular institución universitaria reivindica su papel de servicio al bien común, de contribuir al trabajo que supone desde la reflexión, la investigación y el conocimiento hacer que nuestro mundo sea mejor.

«Espero que encontremos un relato de aceptación y tolerancia que empiece por asumir el hecho de que, ahora ya, somos los herederos de muchas otras historias, más allá de la que nos es o consideramos propia —señala MacGregor—porque, en definitiva, convendría entender que la narrativa europea es global, pero no en el sentido de que dominamos el planeta sino de que heredamos el mundo».

No hay ciencia, no hay tecnología, no hay reflexión, no hay política y no hay religión si no sabemos desentrañar con ellas el misterio del significado y el sentido de la vida del hombre.

Muchas gracias por su magisterio.

Muchas gracias por compartirlo con todos.

Muchas gracias por incorporarse a nuestra comunidad universitaria.

Dixi.